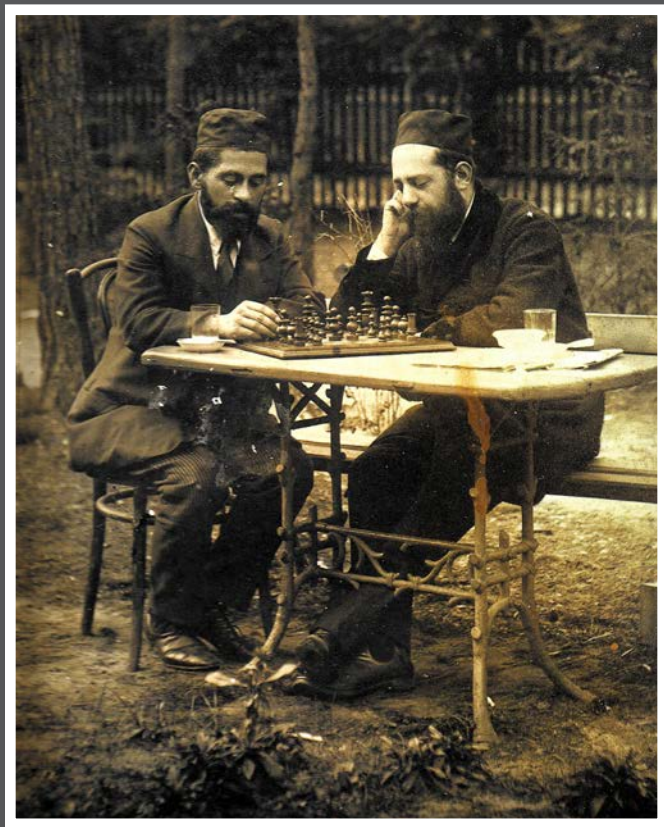


Y sigo viendo sus rostros

Los judíos polacos en las fotografías



Museo de Historia de los Judíos

Del 27 de enero al 22 de mayo de 2016

Una exposición iniciativa de Gołda Tencer, presidenta de la Fundación Shalom de Varsovia, presentada en Girona con la colaboración del Consulado General de la República de Polonia en Barcelona y el Museo de Historia de los Judíos



La exposición titulada «Y sigo viendo sus rostros. Los judíos polacos en las fotografías» es una iniciativa de la Fundación Shalom, que en 1994 dirigió un llamamiento a la población pidiendo la donación de fotografías de judíos polacos.

En aquel momento –transcurridos casi cincuenta años desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial– muchos dudaron sobre la viabilidad de este proyecto. Sin embargo, empezaron a llegar fotografías, procedentes tanto de los más diversos lugares de Polonia como de los más alejados rincones del globo terráqueo. Numerosas fotografías fueron donadas por judíos polacos dispersos por todo el mundo –familiares de las víctimas del Holocausto, afincados en Israel, Venezuela, Brasil, Estados Unidos, Italia, Argentina o Canadá–, que se habían llevado consigo a sus nuevos hogares aquellos retazos del pasado. Algunas de estas fotografías habían sido custodiadas como recuerdos muy preciados, otras se conservaron en rincones olvidados, relegadas a desvanes y sótanos.

Esta exposición puede interpretarse como un lamento por un mundo desaparecido, al que únicamente podemos regresar contemplando antiguas fotografías. En museos de diversos países del mundo se conservan fotografías de judíos polacos famosos: músicos, tzadikim, pintores o escritores. Faltaba la memoria de las gentes sencillas, ignoradas por la Historia. Con esta muestra, la Fundación Shalom la ha recuperado. De este modo, los nombres de todas aquellas personas han podido trascender y hoy ya forman parte de la memoria colectiva de Europa.

«No solamente son justos aquéllos que han salvado al menos una vida. También merecen este calificativo los que han contribuido a preservar la memoria.»

Son precisamente ellos quienes han hecho realidad esta exposición.

Desde hace varios siglos la historia de Polonia está entrelazada con las vicisitudes del pueblo judío. Con toda probabilidad, los comerciantes judíos habían visitado los territorios habitados por polacos antes de la fundación de su Estado



a finales del siglo x, atravesando las rutas de comercio que les conducían desde Europa Occidental, a través de la actual Ucrania, para llegar hasta Bizancio y los países musulmanes. Sus primeros asentamientos permanentes datan del siglo xi: en esa fecha se establecen las primeras comunidades judías en Cracovia y otras ciudades. Polonia ofreció a los judíos refugio ante las persecuciones

que estaban sufriendo en Europa Occidental en la época de las cruzadas medievales de los siglos xi–xiii y ante la epidemia de la peste bubónica de mediados del siglo xiv, llamada la Muerte Negra. Los reyes y los príncipes polacos protegieron a los colonos judíos, a quienes garantizaron libertad de culto y el derecho a desarrollar actividades económicas, principalmente de tipo comercial y crediticio, dada la debilidad de la burguesía nacional en estas materias.

El tipo de las actividades realizadas por los judíos les condujo a asentarse sobre todo en ciudades. Allí formaron núcleos compactos (calles o barrios) y fundaron instituciones y establecimientos necesarios para el funcionamiento de su comunidad: sinagogas, escuelas, baños rituales, carnicerías *kosher*, panaderías o cementerios. La vida de estos núcleos se administraba por la propia comunidad



judía, que, además de satisfacer las necesidades religiosas de sus miembros, se ocupaba asimismo de la enseñanza, la beneficencia y la mediación en toda clase de litigios internos. A finales de la Edad Media, Polonia era el país europeo que más seguridad ofrecía a los judíos, y tras el destierro de éstos de España en 1492 –con el consiguiente ocaso del núcleo de la cultura hebrea en Andalucía– se convirtió en el principal destino de la diáspora. A partir del siglo xvi, la población judía



en Polonia aumentó rápidamente, dando origen a un centro de vida religiosa y cultural de los *ashkenazim* –o judíos originarios de Alemania–, de gran prestigio en toda Europa. A diferencia de los sefardíes, procedentes de España, los *ashkenazim* hablaban en su vida cotidiana un dialecto del alemán llamado *yidish* y fundaron sus pro-

prios ritos y normas religiosas.

A pesar de que en aquella época comenzaban a aflorar ciertas actitudes antisemitas, los judíos polacos habían conseguido consolidar un amplio marco de libertades y autonomía. Se habían sentado las bases para el desarrollo de la ciencia judía, gracias a los estudiosos del Talmud del siglo xvi, fundadores de las *yeshiva* (escuelas talmúdicas) de Cracovia y Lublin. Dichas instituciones, de alto nivel académico, extendieron su autoridad a Alemania, Bohemia e Italia. Por otra parte, la creciente importancia de la “diáspora polaca” puede deducirse del desarrollo de las instituciones autónomas judías, iniciado a finales del siglo xvi y principios del xvii. Además de las comunidades judías, que desempeñaban el papel de la administración local, surgió asimismo una institución central: la Asamblea Judía, que por una parte regulaba el funcionamiento interno de la población judía en Polonia y, por otra, representaba a dicha población ante los órganos del Estado. Se trataba por tanto de una institución única a escala europea.



La estable existencia de los judíos polacos, fieles a su religión, se vio sacudida La raíz de los repentinos cambios que comenzaron a operarse en la segunda mitad del siglo XVIII. En primer lugar, en aquella época surgió entre los judíos un nuevo movimiento religioso de carácter místico, el jasidismo, que, con el paso del tiempo, contribuyó al progresivo aislamiento de los judíos del resto de la sociedad. En segundo lugar, la Ilustración europea trajo consigo las ideas de igualdad de derechos y eliminación de las barreras socioculturales entre judíos y cristianos. Estas nuevas tendencias religiosas e ideológicas se desarrollaron en una escena política profundamente cambiada, tras el colapso del Estado polaco en 1795 y el reparto de sus territorios entre las tres potencias vecinas: Rusia, Prusia y Austria. Dado que la política frente a los judíos era distinta en cada uno de dichos Estados ocupantes, también fue diferente en cada uno de ellos la resultante de las tendencias a la modernización y asimilación, por un lado, y el deseo de conservar el modelo religioso tradicional por otro. A lo largo del siglo XX la población judía fue diversificándose internamente cada vez más: un tendero religioso de un pequeño pueblo bajo dominación rusa, hablante de *yidish*, tenía cada vez menos en común con un empresario judío de la zona dominada por Prusia, educado y secularizado, germano parlante y aspirante a formar parte de la élite.



El ascenso del antisemitismo a partir de finales del siglo XIX –no solamente en las tierras polacas sino en toda Europa– hizo que se cuestionara la idea de igualdad de derechos y la tendencia a la asimilación de los judíos, abandonándose la búsqueda de medidas sociopolíticas que pudieran servir para tal fin. En dicha época, cientos de miles de judíos abandonaron



Polonia para, en su huida del antisemitismo y la sobrepoblación, emigrar a la cada vez más próspera América. Parte de los judíos pasaron a engrosar diferentes movimientos izquierdistas que veían en el antisemitismo una manifestación de los conflictos de clase y se mostraban convencidos de que las posturas antisemitas desaparecerían en una sociedad caracterizada por una mayor justicia social. A su vez,

un grupo muy nutrido de judíos respondieron a la llamada de Teodor Herzl, quien postuló la creación de un Estado israelita como condición necesaria para el futuro del pueblo judío. El movimiento sionista obtuvo en los territorios polacos numerosos partidarios, de los cuales los más comprometidos emigraron a Palestina para trabajar en la construcción del Estado de Israel, aunque la mayoría pretendían simplemente conservar su modo de vida inspirado en la observancia religiosa que habían llevado hasta entonces.

En 1918, cuando Polonia recuperó la independencia tras más de 100 años de sometimiento, albergaba dentro de sus fronteras tres millones de judíos. La mayoría de éstos se mostraron favorables al nuevo Estado, creyendo que la Polonia del futuro sería un país democrático, donde podrían vivir libres de persecuciones. Sus esperanzas se vieron cumplidas solo parcialmente. En el período de entreguerras los judíos disfrutaron de considerable libertad para cultivar su propia cultura y vida política.

No obstante, el auge de las ideologías de derechas y nacionalistas –que se produjo en numerosos países europeos, entre otros, Alemania, España y Polonia– originó una escalada de actitudes antisemitas en la segunda mitad de los años treinta.





La invasión de Polonia por la Alemania nazi en septiembre de 1939 supuso el inicio del Holocausto. Como primera medida, las fuerzas de ocupación alemana aislaron a los judíos del resto de la sociedad polaca, recluyéndolos en guetos y sometiénolos al terror de los trabajos forzados, para a continuación proceder a su aniquilación sistemática en campos de exterminio como Auschwitz, Treblinka, Bećřec, Sobibór y otros. La actitud de los polacos frente al Holocausto fue desigual: algunos ayudaron a los judíos arriesgando sus propias vidas; otros, movidos por el ánimo de lucro o sentimientos antisemitas apoyaron a los alemanes, mientras que la mayoría de los polacos, perseguidos también por los nazis, permanecieron indiferentes ante la trágica suerte de los judíos. Durante la segunda guerra mundial murieron alrededor del 90% de los judíos polacos, extinguiéndose con ellos la cultura que habían creado y llevaban dentro.

El exterminio de los judíos perpetrado por los alemanes en el territorio polaco y el antisemitismo institucional de la Polonia comunista en la posguerra, obligaron a la mayoría de los supervivientes judíos abandonar el país en sucesivas olas de emigración entre 1946 y 1968. A los pocos que optaron por permanecer en Polonia no se les permitió manifestar ni desarrollar su identidad judía hasta la caída del comunismo en 1989, cuando se reemprendió el diálogo polaco-judío y la reconstrucción de la vida judía en la Polonia democrática.

A los pocos que optaron por permanecer en Polonia no se les permitió manifestar ni desarrollar su identidad judía hasta la caída del comunismo en 1989, cuando se reemprendió el diálogo polaco-judío y la reconstrucción de la vida judía en la Polonia democrática.

JOLANTA ŻYNDUL

Presentación y adaptación de la exposición en Girona
Dirección del Museo de Historia de los Judíos
Sílvia Planas

Dirección Patronat Call de Girona
Assumpció Hosta

Equipo Museo de Historia de los Judíos
Neus Casellas, Mireia Compte, Lúdia Donat, Marc Francesch, Maria Gispert,
Núria Heras, Anna López, Sandra Sanchez y Cristina Taberner

Museo de Historia de los Judíos
Calle de la Força, 8 - 17004 Girona
www.girona.cat/call - callgirona@ajgirona.cat
 facebook.com/callgirona —  [@gironamuseus](https://twitter.com/gironamuseus)

Horarios
De martes a sábado, de 10 a 18h
Lunes, domingos y festivos, de 10 a 14h

Depósito legal: GI.135-2016



**PATRONAT
CALL DE GIRONA**



Fundacja Shalom



Consolat General
de la República de Polònia
a Barcelona



Ajuntament  de Girona

 Diputació de Girona

 **Generalitat
de Catalunya**

 **CAMINOS DE
SEFARAD**
RED DE JUDERIAS DE ESPAÑA